

Bruja mala nunca muere

Kim Harrison



Traducción de Elena Castillo Maqueda



Título original: *Dead Witch Walking*  
Primera edición

© Kim Harrison, 2004

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:  
© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-459-5 Depósito Legal: B-14069-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.  
Energía, 11-27  
08850 Gavà (Barcelona)  
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 4



Para el hombre que dijo que le gustaba mi sombrero.



# 1



Estaba de pie en la penumbra de la desierta entrada de una tienda frente al bar Sangre y Brebajes, intentando disimular mientras me recolocaba los pantalones de cuero en su sitio. *Esto es patético*, pensé observando la calle vacía por la lluvia. *Soy demasiado buena para esto.*

Detener a brujas sin licencia o practicantes de magia negra estaba dentro de mi línea de trabajo habitual, ya que solo una bruja puede cazar a otra. Pero las calles estaban más tranquilas de lo normal esta semana. Todo el que podía se había ido a la Costa Oeste para la convención anual, dejándome con esta joya de encargo. Se trataba de una simple detención. Era sencillamente mala suerte que aún estuviera aquí en la oscuridad bajo la lluvia.

—¿A quién quiero engañar? —susurré, subiéndome en el hombro la correa de mi bolso. En un mes no me habían mandado seguir ni a una sola bruja, sin licencia, blanca, negra ni de ninguna clase. Detener al hijo del alcalde por transformarse cuando no había luna llena no había sido muy buena idea.

Un coche elegante apareció por la esquina. Parecía negro bajo las farolas de mercurio de la calle. Era la tercera vez que daba la vuelta a la manzana. Una mueca se dibujó en mi cara cuando pasó más despacio frente a mí.

—¡Joder! —dije por lo bajo—. Necesito un portal más oscuro.

—Se cree que eres una puta, Rachel —se rió en mi oído mi ayudante—. Te dije que el top de cuello *halter* era chabacano.

—Jenks, ¿no te ha dicho nunca nadie que hueles como un murciélago borracho? —mascullé casi sin mover los labios. Mi ayudante estaba esta noche inquietantemente cerca, de hecho se había colgado de mi pendiente. Era grande y largo; me refiero al pendiente, no al pixie. Jenks se había revelado como un mocoso pretencioso con malos modos y un carácter a juego. Pero sabía de qué lado del jardín provenía su néctar y además parecía que un pixie era lo mejor que me dejaban sacar desde lo del incidente con la rana. Yo habría jurado que las hadas eran demasiado grandes para caber dentro de la boca de una rana.

Me acerqué al bordillo mientras el coche se detenía con un chirrido sobre el asfalto mojado con un chirrido. Sonó el motor del elevavolantes eléctrico al bajarse

el cristal tintado y me incliné, mostrando con una amplia sonrisa mi identificación oficial. La lasciva mirada del señor Cejijunto se esfumó y su cara se quedó pálida. El coche volvió a acelerar con un ligero rechinar de neumáticos.

—Pardillo —dije con desdén—. No —pensé de pronto. Era un normal, un humano. Aunque fuesen acertados, los términos «pardillo», «becario», «canijo», «mascota» y mi favorito, «tentempié», eran políticamente incorrectos. Aunque si se dedicaba a recoger gente solitaria en los Hollows, bien podría llamarlo directamente fiambre.

El coche ni siquiera se detuvo en el semáforo en rojo. Me giré hacia los silbidos de las putas que había echado de su sitio hacia el anochecer. No estaban muy contentas paseando descaradamente frente a mí. Les hice un gesto con la mano y la más alta se giró para mostrarme su diminuto trasero retocado con algún hechizo. La furcia y su corpulento «amigo» hablaban muy alto e intentaban esconder el pitillo que se pasaban entre ellos. No olía a tabaco normal, pero no era asunto mío, al menos esta noche, pensé volviendo a mi penumbra.

Me apoyé en la fría piedra del edificio. Mi vista se detuvo en las luces rojas de un coche que frenaba. Frunciendo el ceño, me observé a mí misma. Era alta para la media femenina (algo más de un metro setenta), pero ni de lejos tenía las piernas tan largas como la furcia del siguiente hueco sin luz. Ni tampoco llevaba tanto maquillaje como ella. Siendo estrecha de caderas y con el pecho casi plano, no era precisamente buen material para hacer la calle. Antes de conocer las tiendas de los leprechaun compraba en la sección de «Tu primer sujetador» y allí era complicado encontrar algo sin corazones o unicornios.

Mis ancestros habían emigrado a los EE. UU. hacia 1800. Curiosamente, a lo largo de las generaciones, todas las mujeres lograron mantener el inconfundible pelo rojo y los ojos verdes de nuestra patria: Irlanda. Mis pecas, sin embargo, quedaban escondidas bajo un hechizo que me regaló mi padre cuando cumplí los trece. Me hizo un anillo para el meñique con el diminuto amuleto. Nunca salgo de casa sin él.

Se me escapó un suspiro mientras volvía a colocarme el bolso en el hombro. Los pantalones de cuero, los botines rojos y el top de cuello *halter* no diferían mucho de lo que solía ponerme los viernes para fastidiar a mis jefes, pero para estar en una esquina de noche...

—Mierda —le dije entre dientes a Jenks—. Parezco una puta.

Su única respuesta fue un bufido. Me controlé para no reaccionar y volví la vista hacia el bar. Llovía demasiado para los juerguistas y aparte de mi colega y de las «señoras» de más abajo, la calle estaba vacía. Llevaba esperando casi una hora sin ver ni rastro de mi objetivo. Podía entrar y esperar allí; además, si estuviese dentro parecería más que buscaba en lugar de que ofrecía.

Respirando hondo para reunir el aplomo suficiente, me solté del moño unos mechones de rizos, que me llegaban hasta el hombro, me paré un momento para

colocármelos hábilmente enmarcándome el rostro y finalmente escupí el chicle. Al caminar, el taconeo de mis botines contrastaba con el repiqueteo de las esposas que llevaba enganchadas en la cadera mientras atravesaba la calle húmeda para entrar en el bar. Los aros de acero parecían un adorno hortera, pero eran auténticas y las usaba a menudo. Me estremecí. No me sorprendía nada que el señor Cejijunto se hubiera parado. Las uso en mi trabajo, pero no precisamente en el tipo de trabajo en el que él estaría pensando.

Y a pesar de todo me habían enviado a los Hollows en una noche lluviosa para atrapar a un leprechaun por evasión de impuestos, ¿se podía caer más bajo?, me preguntaba. Debía de ser por fichar a aquel perro lazarillo la semana anterior. ¿Cómo iba yo a saber que no era un hombre lobo? Coincidió con la descripción que me habían dado.

Mientras me sacudía el agua, parada en el vestíbulo, eché una ojeada a la habitual parafernalia irlandesa del bar: gaitas colgadas de las paredes, carteles de cerveza verdes, asientos de plástico negro y un pequeño escenario en el que un aspirante a estrella afinaba su dulzaina y su gaita entre una torre de amplificadores. Había un tufillo a azufre de contrabando. Mis instintos depredadores se despertaron. El olor era de hacía tres días, demasiado viejo como para rastrearlo. Si pillaba al proveedor saldría de la lista negra de mi jefe. Quizá incluso me diera algo a la altura de mi talento.

—¡Oye! —gruñó una voz grave—. ¿Eres la sustituta de Toby?

Olvidándome del azufre cerré los ojos un instante y me giré, topándome a la altura de los ojos con una camiseta verde chillón. Mi mirada recorrió el pecho de un hombre enorme como un oso. Parecía el gorila del local. El nombre de su camiseta rezaba CLIFF<sup>1</sup>. Le pegaba.

—¿Quién? —contesté con un ronroneo, secándome la lluvia de lo que yo generosamente llamo escote con el borde de su camiseta. No le impresioné en absoluto, era deprimente.

—Toby, la fulana asignada por el estado, ¿es que ya no va a venir más?

Desde mi pendiente me llegó una vocecita que canturreaba:

—Te lo dije.

La sonrisa se me hacía más forzada.

—No tengo ni idea —contesté apretando los dientes—, yo no soy ninguna fulana.

El hombre volvió a gruñir, mirándome de arriba abajo. Rebusqué en mi bolso y le enseñé mi identificación oficial. Cualquiera que viese la escena pensaría que me estaba pidiendo el carné. Con los hechizos para ocultar la edad que había ahora era obligatorio; como también lo era el amuleto antihechizos que llevaba alrededor del cuello, que se iluminó con un rojo pálido en respuesta a mi anillo

1 N. del T.: En inglés, «acantilado, «abrupto» o «borde».

del meñique. No me iba a realizar una inspección completa por eso. Por lo mismo ninguno de los amuletos que llevaba en el bolso estaba invocado. Tampoco es que los fuese a necesitar hoy.

—Seguridad del Inframundo —dije cuando cogía mi tarjeta—. Estoy aquí para encontrar a alguien, no para molestar a la clientela habitual. Por eso voy... disfrazada.

—Rachel Morgan —leyó en voz alta, cubriendo casi por completo la tarjeta plastificada con sus gruesos dedos—. Cazarrecompensas de la Seguridad del Inframundo, ¿eres una cazarrecompensas de la sí? —Miraba una y otra vez la tarjeta y a mí frunciendo sus gruesos labios en una mueca—. ¿Qué te pasó en el pelo?, ¿te lo peinaste con un soplete?

Apreté los labios. La foto era de hace tres años y no fue con un soplete. Fue una broma, una iniciación informal en mi puesto de cazarrecompensas. Muy divertido.

El pixie saltó desde mi pendiente, haciendo que se columpiase con el impulso.

—Yo que tú tendrías más cuidado con lo que dices —amenazó señalándome con la cabeza y mirando mi identificación—. El último merluzo que se rió de su foto pasó la noche en urgencias con una sombrilla de cóctel encajada en la nariz.

Ahí ya me calenté.

—¿Cómo lo sabes? —dije recuperando de un manotazo mi identificación y guardándola.

—Todo el mundo en asignaciones lo sabe. —El pixie se rió alegremente—. Y lo de intentar cazar a aquel hombre lobo con un hechizo de picores para luego perderlo en el tigre.

—Prueba tú a pillar a un lobo casi con luna llena sin que te muerda —dije en mi defensa—. No es tan fácil como parece. Tuve que usar una poción. Esas cosas son caras.

—¿Y luego depilaste a toda la gente de un autobús? —Sus alas de libélula se volvieron rojas por la risa y batían con rapidez. Vestido de seda negra y con un pañuelo rojo parecía una miniatura de Peter Pan haciéndose pasar por un miembro de una banda callejera. Diez centímetros rubios, irritantes y con mal genio.

—Aquello no fue culpa mía —dije—, el conductor pilló un bache —fruncí el ceño. Además alguien me había cambiado los hechizos. Yo intentaba atarle las patas y terminé depilando al conductor y a los que se sentaban en las tres primeras filas. Al menos logré mi objetivo, aunque malgasté mi paga entera en taxis durante las siguientes tres semanas hasta que el autobús quiso recogerme de nuevo.

—¿Y lo de la rana? —Jenks volvió a dar un salto hacia atrás antes de que el portero le diese un capirotazo—. Yo soy el único que quería venir contigo esta

noche y me van a pagar un plus de peligrosidad. —El pixie se elevó varios centímetros en un gesto de orgullo.

Cliff no parecía impresionado. Yo sin embargo estaba consternada.

—Mira —le dije—, lo único que quiero es sentarme y tomarme una copa tranquilamente. —Señalé con la cabeza hacia el escenario donde un posadolescente enredaba con los cables de los amplificadores—. ¿Cuándo empieza?

El gorila se encogió de hombros.

—Es nuevo. Creo que dentro de una hora más o menos. —Sonó un cacharrazo seguido por risas al caerse un amplificador del escenario—. Puede que sean dos.

—Gracias. —Ignorando la risita cantarina de Jenks me abrí paso entre las mesas vacías hacia un banco en un rincón oscuro. Elegí el que estaba bajo una cabeza de alce y me senté hundiéndome casi diez centímetros más de lo debido en el flácido cojín. En cuanto encontrase al pilluelo me largaría de allí. Era insultante. Llevaba en la *SI* tres años, siete si contaba los cuatro de práctica, y allí estaba, haciendo trabajos de novata. Eran los becarios los que se encargaban de las tareas rutinarias de la policía de Cincinnati y los barrios al otro lado del río, a los que llamaban los Hollows. Nosotros nos encargábamos de los casos sobrenaturales que la AFI (Agencia Federal del Inframundo) no podía controlar. Los encantamientos menores y el rescate de espíritus familiares de los árboles eran algunas de las competencias de los becarios de la *SI*. Pero yo era una cazarrecompensas profesional. ¡Joder!, yo era demasiado buena para esto, ya lo había demostrado. Fui yo solita la que encontró y detuvo al grupo de brujas que practicaban magia negra que habían logrado franquear los hechizos del zoo de Cincinnati para robar los monos y vendérselos a un laboratorio ilegal. Pero, ¿acaso me reconocieron el mérito? No.

Fui yo quien descubrió que el pirado que desenterraba cuerpos en los cementerios estaba relacionado con la serie de muertes en el ala de trasplantes de un hospital humano. Todo el mundo pensaba que estaba reuniendo material para hacer hechizos ilegales y no que en realidad les hacía un encantamiento temporal a los órganos para venderlos en el mercado negro como sanos.

¿Y los robos en los cajeros automáticos que asolaron la ciudad las Navidades pasadas? Me costó seis encantamientos simultáneos hacerme pasar por hombre, pero finalmente atrapé a la bruja que había estado usando una combinación de hechizos de amor y de olvido para atracar a los incautos humanos. Aquella fue una captura especialmente satisfactoria. Tuve que perseguirla por tres calles sin tiempo para echarle una maldición cuando se volvió para golpearme con lo que podría haber sido un amuleto letal, así que estaba perfectamente justificado que yo la dejara tiesa con una patada circular. Es más, la AFI llevaba tres meses tras ella y yo solo tardé dos días en atraparla. Quedaron como idiotas.

Pero, ¿acaso me dijeron «buen trabajo, Rachel»? ¿Me llevaron al menos en coche a la torre de la si con mi pie hinchado? No.

Y últimamente la cosa iba a peor: chavales que pirateaban la tele con hechizos, robos de espíritus familiares, hechizos de bromas pesadas y, cómo olvidar mi favorito, dar caza a los troles de debajo de los puentes y alcantarillas antes de que se comiesen toda la argamasa. Se me escapó un suspiro y eché un vistazo al bar. Patético.

Jenks esquivó mis apáticos intentos por apartarlo como a una mosca cuando volvió a acomodarse en mi pendiente. Que le pagasen triple por salir conmigo no era una buena señal.

Una camarera vestida de verde se acercó, demasiado alegre para ser tan temprano.

—¡Hola! —dijo haciendo ostentación de dientes y hoyuelos—. Me llamo Dottie y seré vuestra camarera de hoy. —Sin dejar de sonreír plantó tres bebidas frente a mí: un bloody mary, un old-fashioned y un shirley temple, qué encanto.

—Gracias, bonita —dije sin mucho entusiasmo—. ¿Quién me invita?

Miró hacia la barra, intentando aparentar cierta sofisticación pero resultando más bien como una estudiante en el gran baile del instituto. Al asomarme por un costado de su delgada cintura ceñida por un delantal vi a los tres tipos de miradas lascivas. Era una tradición muy antigua. Aceptar una bebida implicaba aceptar la invitación posterior. Otra preocupación más para la señorita Rachel. Parecían normales, pero nunca se sabe.

Viendo que la conversación se acababa ahí, Dottie se largó a hacer las cosas que hacen las camareras.

—Investígalos, Jenks —le susurré y el pixie salió volando con las alas rosas por la emoción. Nadie lo vio acercarse, un ejemplo de vigilancia pixie en su máximo exponente.

El bar estaba tranquilo, pero como había dos camareros tras la barra, un hombre mayor y una chica, imaginé que se animaría pronto. El Sangre y Brebajes era un local conocido en el que los normales se mezclaban con los del inframundo para después volver en coche cruzando el puente con las ventanillas subidas y el cierre echado, sobreexcitados y creyéndose alguien. Un humano solitario destaca entre los habitantes del inframundo como un grano en la cara de la reina del baile, sin embargo cualquier inframundano puede aparentar ser humano. Es una estrategia de supervivencia acuñada desde antes de Pasteur. Por eso eran útiles los pixies, ellos y las hadas podían, literalmente, olfatear a un inframundano en menos que cantaba un gallo.

Desganada, repasé el bar medio vacío cuando mi estado de ánimo agrio se difuminó en una sonrisa al ver a una cara conocida de la agencia: Ivy.

Ivy era una vampiresa, la cazarrecompensas estrella de la SI. Nos habíamos conocido hace varios años durante mi último año de prácticas, cuando nos emparejaron durante doce meses para realizar trabajos semiindependientes. A ella la acababan de contratar como cazarrecompensas profesional después de seis años de universidad en lugar de los dos años de diplomatura y cuatro de prácticas que yo hice. Creo que emparejarnos fue en realidad una especie de broma que se le ocurrió a alguien.

Me moría de miedo al pensar que tenía que trabajar con una vampiresa, viva o muerta, hasta que descubrí que no era vampiro practicante y que había renunciado a la sangre. Éramos como la noche y el día, pero sus puntos fuertes eran mis debilidades. Ojalá pudiese decir que sus debilidades eran mis puntos fuertes, pero Ivy no tenía ninguna debilidad, aparte de su tendencia a planificarlo todo hasta el último detalle.

No habíamos trabajado juntas desde hacía años y a pesar del ascenso que me dieron a regañadientes, Ivy tenía un rango superior al mío. Ella siempre decía las palabras adecuadas a la gente adecuada en el momento adecuado. También ayudaba ser de la familia Tamwood, un apellido tan antiguo como la misma Cincinnati. Era el último miembro vivo de la familia, con alma propia y tan viva como yo, a pesar de haberse infectado del virus vampírico a través de su madre cuando aún vivía. El virus la había atacado cuando todavía estaba en el útero, proporcionándole así un poco de ambos mundos, el de los vivos y el de los muertos.

Respondiendo a mi saludo, se acercó despacio. Los hombres de la barra se daban codazos volviéndose los tres para admirarla. Ella les lanzó una mirada de indiferencia y juro que incluso oí un suspiro.

—¿Cómo te va, Ivy? —le pregunté al tiempo que se sentaba en el banco frente a mí.

Haciendo rechinar el plástico del asiento, Ivy se reclinó en el banco apoyando la espalda en la pared, y colocó los tacones de sus botas altas en el banco dejando ver sus rodillas por encima de la mesa. Me sacaba media cabeza, pero mientras que yo parecía simplemente alta, ella se veía esbelta y elegante. Su aire ligeramente oriental le daba un aspecto enigmático, reforzando así mi teoría de que la mayoría de las modelos debían de ser vampiros. Ella también se vestía como una modelo: una sencilla falda de cuero y una blusa de seda, todo de primera, hecho para vampiros y por supuesto de color negro. Su pelo hacía una suave onda morena, acentuando la palidez de su piel y la forma ovalada de su rostro. Hiciese lo que hiciese con su pelo siempre le quedaba exótico. Yo podía pasarme horas peinándome y el resultado siempre era rojo y encrespado. El señor Cejijunto no se habría confundido con ella, era demasiado elegante.

—Hola, Rachel —dijo Ivy—. ¿Qué haces en los Hollows? —Su voz sonaba melodiosa y grave, fluía con la suavidad de la seda—. Creía que estarías

haciendo méritos para un cáncer de piel en la costa esta semana —añadió—. ¿Sigue Denon mosqueado por lo del perro?

Me encogí de hombros tímidamente.

—Qué va. —En realidad al jefe casi le había explotado una vena y por poco no me degradó a fregona de la oficina.

—Fue una equivocación comprensible. —Ivy echó la cabeza hacia atrás con un movimiento lánguido que dejó ver su largo cuello. No tenía ninguna cicatriz en él—. Podría haberle pasado a cualquiera.

A cualquiera menos a ella, pensé con amargura.

—¿Ah sí? —dije en voz alta, acercándole el bloody mary—. Bueno, dime si ves a mi objetivo —dije haciendo sonar los amuletos que llevaba en las esposas, tocando el trébol tallado en madera de olivo.

Sus finos dedos rodearon el vaso como si lo acariciasen. Esos mismos dedos podrían romperme la muñeca si se lo propusiera. Tendría que esperar a estar muerta para tener la fuerza suficiente para quebrarla sin inmutarse. Aun así seguía siendo mucho más fuerte que yo. La mitad de la bebida roja descendió por su garganta.

—¿Desde cuando le interesa a la si un leprechaun? —preguntó observando el resto de mis amuletos.

—Desde la última vez que al jefe se le cruzaron los cables.

Se encogió de hombros y se sacó su crucifijo de debajo de la blusa para mordisquear provocativamente la cadena. Sus colmillos eran afilados, como los de un gato, pero no eran más grandes que los míos. La versión aumentada le saldría cuando muriese. Aparté la vista de sus dientes para fijarme en la cruz. Era tan larga como mi mano y estaba hecha de plata bellamente trabajada. Ivy había empezado a llevarla recientemente para irritar a su madre. No se llevaban precisamente bien.

Busqué con los dedos la diminuta cruz de mis esposas pensando que debía de ser duro que tu madre estuviese no muerta. Yo solo había conocido a unos pocos vampiros muertos. Los muy viejos eran muy reservados y los más recientes solían atraer a las estacas, a no ser que aprendiesen a ser más reservados.

Los vampiros muertos no tenían conciencia alguna, eran la pura encarnación de los instintos más implacables. La única razón por la que seguían las reglas de la sociedad era porque para ellos resultaba como un juego. Y los vampiros muertos sabían mucho de reglas. Su existencia dependía de reglas que, de ser incumplidas, producían la muerte o el sufrimiento. La regla más importante, por supuesto, era no exponerse al sol. Necesitaban sangre fresca a diario para mantenerse sanos. Les valía la sangre de cualquiera y el acto de arrebatársela a los vivos era el único placer del que disfrutaban. Además eran muy poderosos, con una fuerza y resistencia increíbles. También poseían la habilidad de sanar con una rapidez sobrehumana. Era muy difícil destruirlos, salvo mediante la consabida decapitación o clavándoles una estaca en el corazón.

A cambio de sus almas tenían el don de la inmortalidad. También venía acompañado de la pérdida de la conciencia. Los vampiros más viejos decían que era la mejor parte: la capacidad de saciar todas sus necesidades carnales sin sentir la culpa cuando alguien moría para proporcionarte placer y mantenerte sano un día más.

Ivy poseía ambas cosas: el virus vampírico y un alma. Estaba atrapada entre ambos mundos hasta su muerte, cuando se convertiría en una verdadera no muerta. Aunque no fuese tan poderosa o peligrosa como un vampiro muerto, la capacidad de soportar el sol y poder profesar un culto sin sufrir dolor le habían granjeado la envidia de sus hermanos.

Los eslabones de metal de la cadena que Ivy llevaba al cuello tintineaban rítmicamente contra sus dientes perlados mientras yo ignoraba sus sensuales gestos con una nada improvisada compostura. Me gustaba más cuando era de día y demostraba un mayor control sobre su naturaleza de predatora sexual.

Mi pixie volvió y aterrizó en la flor artificial colocada en un jarrón lleno de colillas.

—¡Dios mío! —exclamó Ivy dejando caer su cruz—. ¿Un pixie? Denon debe de estar muy cabreado.

Las alas de Jenks se congelaron un instante antes de volver a convertirse en un torbellino.

—¡Piérdete, Tamwood! —dijo con voz estridente—. ¿Qué te crees, que las hadas son las únicas con buen olfato?

Hice un gesto de dolor cuando Jenks aterrizó con fuerza en mi pendiente.

—Solo lo mejor de lo mejor para la señorita Rachel —dije con ironía. Ivy se rió, haciendo que se me erizase el pelo de la nuca. Añoraba el prestigio que me daba trabajar con ella, pero seguía poniéndome de los nervios—. Puedo volver más tarde si crees que te fastidio tu misión —añadí.

—No —dijo ella—, quédate ahí. Tengo a un par de chupasangres encerradas en el baño. Las pillé captando a menores. —Con la bebida en la mano se deslizó hasta el final del banco y se puso de pie estirándose sensualmente, dejando escapar un quejido casi inaudible—. Parecían muy chapuceras para tener un hechizo de transformación —añadió—, pero he dejado a mi búho fuera por si acaso. Si intentan escaparse rompiendo una ventana serán comida para pájaros. Solo me queda esperar a que salgan. —Bebió de su vaso mirándome con sus ojos marrones por encima del borde—. Si atrapas al tuyo pronto ¿te parece que compartamos el taxi de vuelta al centro?

El suave tono peligroso de su voz me obligó a asentir inmediatamente antes de que se marchara. Mis dedos jugueteaban nerviosos con un rizo de mi pelo. Ya veríamos si me subía a un taxi con ella; dependería de la pinta que tuviese a esas horas de la madrugada. Puede que Ivy no necesite sangre para sobrevivir, pero era obvio que la deseaba a pesar de su compromiso público de abstenerse.

Hubo ciertas condolencias en el bar al ver que solo quedaban dos bebidas en mi mesa. Jenks seguía revoloteando excitado.

—Relájate, Jenks —le dije intentando evitar que me arrancase el pendiente—. Me gusta tener un ayudante pixie; las hadas no mueven un dedo sin el visto bueno de su sindicato.

—¿Verdad que sí? —saltó Jenks haciéndome cosquillas con el aire que levantaba al mover las alas frenéticamente—. Y solo por un pegajoso poema anterior a la Revelación escrito por un borrachuzo se creen que son mejores que nosotros. Es pura publicidad, Rachel, no es más que eso. Las muy roñosas, ¿sabías que les pagan más a las hadas que a los pixies por el mismo trabajo?

—¿Jenks? —le interrumpí apartándome el pelo del hombro—. ¿Qué has averiguado en la barra?

—¿Y qué me dices de aquella foto? —continuó removiéndose en mi pendiente—. ¿Sabes cuál te digo? La de ese humano entrometido colándose en la fiesta de la fraternidad. Aquellas hadas estaban tan borrachas que ni se dieron cuenta de que bailaban con un humano, y aun así siguen cobrando los derechos.

—Corta el rollo, Jenks —le espeté—. ¿Qué pasa en la barra?

Soltó un pequeño bufido y retorció mi pendiente.

—El concursante número uno es entrenador personal de atletas —dijo, refunfuñando aún—. El concursante número dos arregla aires acondicionados y el número tres es reportero de un periódico. Todos pardillos.

—¿Y qué me dices del chico del escenario? —le susurré sin mirar en aquella dirección—. La SI solo me ha dado una descripción general ya que probablemente nuestro objetivo lleve un hechizo.

—¿Nuestro objetivo? —dijo Jenks. El aire de sus alas cesó y su voz perdió todo enfado.

Me apunté el dato, quizá lo único que deseaba era sentirse incluido.

—¿Por qué no vas a averiguarlo? —le pedí, en lugar de ordenárselo—. Parece que no tiene ni idea de por qué lado soplar la gaita.

Jenks soltó una breve carcajada y salió zumbando de mejor humor. La confraternización entre cazarrecompensas y ayudantes no estaba bien vista, pero ¡qué diablos!, solo con eso Jenks ya se sentía mejor y así quizá pudiese conservar la oreja entera toda la noche.

Los tiarrones de la barra se dieron codazos cuando empecé a frotar con el índice el borde de mi old-fashioned para que sonase el vaso. Estaba aburrida y flirtear un poco era bueno para el ánimo.

Entró un grupo. Su animada conversación me decía que la lluvia había arreciado. Se amontonaron en un extremo del bar, hablando todos a la vez, alargando el brazo hasta sus bebidas mientras demandaban la atención de los

demás. Los observé detenidamente. Algo en mis entrañas me decía que uno de ellos era un vampiro muerto, aunque era difícil decir quién bajo toda la parafernalia gótica.

Mi candidato era el hombre joven y callado del fondo. Era el que parecía más normal dentro del grupo lleno de tatuajes y pirsins. Llevaba unos vaqueros y una camisa en lugar de cuero manchado de lluvia. Debía de ser muy bueno para estar rodeado por un grupo de humanos como ese, con cicatrices en el cuello y aspecto anémico y delgado. Pero parecían bastante contentos, unidos y felices en lo que casi aparentaba ser una familia. Todos eran especialmente amables con una guapa rubia, apoyándola y animándola para que comiese unos cacahuetes. Parecía cansada pero sonreía. Debía de haber sido su desayuno.

Como si hubiese oído mis pensamientos, el joven atractivo se giró. Se bajó las gafas de sol y me quedé lívida cuando sus ojos buscaron mi mirada. Respiré hondo viendo desde el otro lado de la sala las gotas de lluvia en sus pestañas. Me embargó la urgente necesidad de secárselas. Casi podía sentir la humedad de la lluvia en mis dedos. Debía de ser muy suave. Sus labios se movieron con un susurro y casi pude oírlo aunque no pude entender sus palabras, que me envolvían e impulsaban hacia él.

Con el corazón en la boca, le hice entender con la mirada que sabía quién era y sacudí la cabeza. Una leve sonrisa encantadora se dibujó en la comisura de sus labios y apartó la mirada.

Aparté la vista y solté el aire que había estado conteniendo. Sí que era un vampiro muerto. Uno vivo no podría haberme hechizado en absoluto. Si de verdad él hubiese querido no podría haberme resistido, pero para eso estaban las leyes, ¿no? Se supone que los vampiros muertos solo podían captar a voluntarios, y únicamente después de que hubiesen firmado un documento de renuncia, ¿pero quién garantizaba que el documento se hubiese firmado antes o después? Las brujas, los hombres lobo y otras criaturas eran inmunes al virus, un pequeño consuelo si el vampiro perdía el control y se tiraba a tu yugular; aunque por supuesto también había leyes que lo prohibían.

Aún un poco intranquila miré hacia otro lado para ver que el músico venía directo hacia mí con los ojos llenos de rabia. Estúpido pixie, lo habían descubierto.

—¿Has venido a oírme tocar, preciosa? —dijo el muchacho parándose junto a mi mesa, obviamente esforzándose por mantener la voz calmada.

—Me llamo Sue, no preciosa —le mentí, mirando a Ivy, que estaba tras él. Se estaba riendo de mí. Genial, eso iba a quedar muy bien en el boletín de la oficina.

—¿Me has mandado a tu amiguita el hada para investigarme? —dijo remarcando las palabras.

—Es un pixie, no un hada —dije yo. O era un estúpido normal o un inframundano muy listo haciéndose pasar por normal estúpido. Yo apostaba por lo primero.

Abrió el puño y Jenks voló a trompicones hasta mi pendiente. Tenía un ala doblada y despedía polvo de pixie que dibujó momentáneos rayos de sol en la mesa y en mi hombro. Apreté los ojos como para reunir fuerzas. Seguro que me echaban a mí la culpa de esto.

Las airadas quejas de Jenks inundaron mi oído y fruncí el ceño para concentrarme. No creo que ninguna de sus sugerencias fuese anatómicamente posible, pero al menos me confirmó que era un normal.

—¿Por qué no vienes a ver mi gaita grande a la furgoneta? —dijo el chico—, seguro que la haces sonar.

Lo miré a la cara, aún temblorosa por la invitación del vampiro muerto.

—Lárgate.

—Voy a ser famoso, Suzy-Q —fanfarroneó, confundiendo mi mirada hostil con una invitación a sentarse—. Me iré dentro de poco a la costa, en cuanto tenga el dinero suficiente. Tengo un amigo en el negocio de la música que conoce a un tipo que conoce a un tío que limpia la piscina de Janice Joplin.

—Que te largues —le repetí, pero en vez de eso se reclinó y arrugó la cara cantando *Sue-sue-sussudio* en un tono agudo, aporreando la mesa sin mucho ritmo.

Era bochornoso. Seguro que me perdonaban por abofetearlo. Pero no iba a hacerlo, soy una buena soldado que lucha por proteger a los normales contra el crimen, aunque solo yo me lo crea. Con una sonrisa me incliné hacia delante hasta enseñarle el canalillo. Eso siempre llama la atención de los hombres, aunque no haya mucho que enseñar. Alargando el brazo retorcí los pelillos de su pecho. Eso también atrae su atención y es mucho más satisfactorio.

El aullido que dio cortó en seco su canturreo, qué tierno.

—Vete —le susurré. Le puse el old-fashioned en la mano—, y tómate esto a mi salud. —Abrió los ojos de par en par cuando le di un tironcito. Finalmente lo solté y se batió en retirada táctica, derramando media bebida por el camino.

Hubo un vitoreo en la barra. El camarero más mayor se reía abiertamente dándose golpecitos en el lateral de la nariz. Hundí la cabeza.

—Estúpido chico —murmuré. No pintaba nada aquí en los Hollows. Alguien debería darle una patada en el culo hasta el otro lado del río antes de que acabara mal.

Quedaba solo un vaso frente a mí y seguramente estaban haciendo apuestas sobre si me lo bebería o no.

—¿Estás bien, Jenks? —le pregunté imaginándome la respuesta.

—El muy tarugo casi me aplasta ¿y tú me preguntas si estoy bien? —me espetó. Su vocecita era muy graciosa y me hizo arquear las cejas—. Casi me rompe

las costillas y este pringue huele fatal. Dios mío, apesto. Y mira cómo me ha dejado la ropa, ¡no tienes ni idea de lo que cuesta quitarle la peste a la seda! Mi mujer me va a obligar a dormir en las macetas de flores si llego a casa oliendo así. Te puedes meter la paga triple donde te quepa, Rachel, no merece la pena.

Jenks nunca se daba cuenta de cuándo dejaba de escucharle. No había dicho nada del ala, así que supuse que estaba bien. Me refugié en el fondo de mi banco, hundiéndome en mi miseria mientras Jenks seguía soltando polvillo. Estaba oficialmente jodida. Si volvía con las manos vacías no me encargarían nada más que alborotos en luna llena y quejas por amuletos defectuosos hasta la próxima primavera. Nada de esto era culpa mía.

Ahora que Jenks no podía volar sin llamar la atención, más me valía irme a casa. Si le compraba unas setas maitake quizá no le contara al encargado de asignaciones cómo se torció el ala. Pero, ¡que diablos! ¿Por qué no mejor lo celebraba? Una especie de última juerga antes de que mi jefe clavara mi escoba a un árbol, por así decirlo. Podría parar en el centro comercial para comprar espuma de baño y un disco nuevo de *jazz* lento. Mi carrera se hundía en picado, pero eso no era motivo para no disfrutar del vuelo.

Entusiasmada con las perspectivas cogí mi bolso y el shirley temple levantándome para ir hasta la barra. No era mi estilo dejar las cosas a medias. El concursante número tres se levantó con una sonrisa, sacudiendo una pierna para recolocarse algo. Madre mía, qué desagradables pueden llegar a ser los hombres. Me sentía cansada, abandonada y tremendamente poco valorada. Sabiendo que se tomaría cualquier cosa que dijese como si me estuviera haciendo la estrecha y me seguiría a la calle, le tiré la copa en la entrepierna sin detenerme siquiera.

Se me escapó una sonrisita al oír su grito indignado, luego fruncí el ceño cuando me puso la mano con fuerza en el hombro. Agachándome, estiré la pierna, girándome para tirarlo al suelo. Golpeó el suelo de madera con un ruido seco. El bar se quedó en silencio después de un grito ahogado. Me senté encima de él, a horcajadas sobre su pecho antes de que se diera cuenta de que lo había derribado.

Mi manicura color rojo sangre destacaba sobre su cuello y arañaba su barba de tres días bajo la barbilla. Abrió los ojos desorbitadamente. Cliff seguía junto a la puerta cruzado de brazos, disfrutando del espectáculo.

—¡Joder, Rachel! —exclamó Jenks columpiándose con fuerza en mi pendiente—. ¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

—Mi padre —le contesté. Me incliné hasta ponerme cara a cara con el tipo—. Lo siento mucho —le dije con un fuerte acento de los Hollows—. ¿Quieres jugar, listillo? —Vi el miedo en sus ojos cuando se dio cuenta de que era una inframundana y no una cualquiera buscando guerra. No era más que un listillo, una diversión para disfrutar y olvidar. No iba a hacerle daño, pero él no lo sabía.

—¡Por la madre de Campanilla! —exclamó Jenks, apartando mi atención del lloriqueante humano—. ¿No huele a trébol?

Solté mi presa y el hombre se alejó gateando. Con dificultad se puso de pie, arrastrando con él a sus dos acompañantes hasta un rincón oscuro, desquitándose con insultos.

—¿Es uno de los camareros? —pregunté en voz baja levantándome.

—Es la mujer —dijo Jenks entusiasmado.

Levanté la vista buscándola. Desempeñaba su papel a la perfección con su ajustado uniforme negro y verde. Se hacía la competente hastiada moviéndose con soltura tras el mostrador.

—¿Estás seguro, Jenks? —murmuré intentando disimuladamente sacarme los pantalones de cuero de donde se me habían metido—. No puede ser ella.

—¡Vale! —saltó—. ¿Y tú qué sabes? Ignora al pixie. Yo podría estar ahora en casita viendo la tele, pero nooo, estoy aquí pringado con la reina de la intuición femenina que se cree que puede hacer mi trabajo mejor que yo. Tengo frío, hambre y tengo un ala doblada casi por la mitad. Si se me rompe esa vena principal tendré que volver a hacer crecer el ala entera, ¿tienes idea de lo que se tarda en hacer eso?

Eché un vistazo alrededor aliviada al comprobar que todos habían vuelto a sus conversaciones. Ivy ya se había ido y probablemente se lo había perdido todo. No importaba.

—Cállate, Jenks —le dije entre dientes—. Haz como si fueras un adorno.

Me acerqué al camarero más mayor. Me dedicó una sonrisa con huecos en la dentadura. Me incliné hacia él. Se le marcaron las arrugas de felicidad en la acartonada cara mientras me miraba a cualquier sitio menos a los ojos.

—Ponme algo —le pedí—. Algo dulce, algo que me haga sentirme bien. Algo rico y cremoso y que no me convenga nada.

—Necesito ver tu carné, jovencita —dijo con un fuerte acento irlandés—. No parece tener edad para separarte de la falda de tu mamá.

Su acento era falso, pero mi sonrisa por el cumplido no.

—Claro, en seguida, cariño. —Rebusqué en el bolso buscando mi carné de conducir, siguiéndole el juego con el que ambos parecíamos divertirnos—. ¡Uy! —exclamé entre risitas al tirar accidentalmente el carné tras el mostrador—. ¡Qué tonta!

Apoyándome en un taburete me incliné encima del mostrador para echar un vistazo por detrás. Al poner el culo en pompa no solo distraje a la clientela masculina, sino que además logré una interesante perspectiva. Sí, era degradante si lo pensaba bien, pero funcionaba. Me incorporé para ver la sonrisa de satisfacción del camarero, que pensaba que lo había hecho para verlo de arriba abajo, pero yo estaba más interesada en la mujer que, como comprobé, estaba subida a una caja.

Tenía la altura adecuada, estaba en el lugar preciso y Jenks la había identificado. Parecía más joven de lo que yo esperaba, pero cuando ya tienes ciento cincuenta años seguro que has aprendido algunos secretos de belleza. Jenks resopló en mi oído como un mosquito engreído.

—Te lo dije.

Volví a acomodarme en el taburete y el camarero me devolvió mi carné junto con una bebida y una cuchara: una isla de helado en un vaso con Baileys, *mmm*. Guardé el carné y le regalé un guiño sexi. Dejé la copa donde estaba para girarme como si mirase a los clientes que acababan de entrar. Se me aceleró el pulso y me temblaban las manos. Era hora de ponerse a trabajar.

Eché un rápido vistazo alrededor para asegurarme de que nadie me observaba y volqué la copa. Solté un gritito ahogado y traté de cogerla intentando al menos salvar el helado.

Una oleada de adrenalina me golpeó cuando la camarera interceptó mi mirada de disculpa con la suya condescendiente. La sensación me resultaba más valiosa que el cheque que encontraba cada semana en mi mesa, pero sabía que desaparecería tan rápido como había llegado. Estaban subestimando mi talento, ni siquiera necesitaría un hechizo para este caso.

Si esto era lo único que la sí pensaba asignarme, quizá me conviniera más mandar a paseo el sueldo fijo y trabajar por mi cuenta. No había muchos que abandonasen la sí, pero conocía al menos un precedente. Leon Bairn era una leyenda viva antes de hacerse independiente, después echó a perder su vida en seguida por culpa de un mal hechizo. Según se rumorea la sí le puso precio a su cabeza por romper su contrato de treinta años. Pero eso fue hace más de una década. Los cazarrecompensas morían frecuentemente por culpa de presas más listas que ellos o con más suerte. Echarles la culpa a los mercenarios de la propia sí era bastante ruin. Nadie dejaba la sí simplemente porque el sueldo era bueno y el horario flexible.

Claro, pensé, ignorando la señal de alarma que había despertado en mí. La muerte de Leon Bairn se había exagerado. Nunca se probó nada y la única razón por la que aún conservaba mi trabajo era porque legalmente no podían echarme. Quizá debiera irme por mi cuenta. No podía ser peor de lo que ya estaba haciendo ahora. *Seguro que se alegran de perderme de vista*, pensé con una sonrisilla. *Rachel Morgan, cazarrecompensas privada. Defiendo sus derechos y vengo sus afrentas.*

Mi sonrisa desapareció cuando la camarera, solícitamente, pasó un paño entre mis codos para recoger la bebida derramada. Se me aceleró la respiración. Con la mano izquierda atrapé el paño y a la camarera. Con la derecha cogí las esposas y se las cerré alrededor de las muñecas. Estaba hecho en un instante. Ella parpadeó, perpleja. ¡Joder, qué buena soy!

La mujer abrió los ojos de par en par al darse cuenta de lo que había pasado.

—¡Rayos y truenos! —gritó, sonando incluso elegante con su acento irlandés. El suyo era auténtico—. ¿Qué demonios te crees que haces?

El subidón se me pasó y suspiré mirando la solitaria cucharada de helado que me quedaba en la copa.

—Seguridad del Inframundo —dije, sacando mi identificación. Ya no había prisas—. Estás acusada de inventarte un arco iris con el propósito de justificar los ingresos generados por dicho arco iris; de no solicitar los impresos para dicho arco iris; de no notificar a las Autoridades del Arco Iris el final de dicho arco iris...

—¡Eso es mentira! —gritó la mujer, retorciéndose en las esposas. Sus ojos se movían desesperados por el bar mientras todo el mundo la miraba—. ¡Es todo mentira! Encontré el caldero legalmente.

—Tienes derecho a mantener la boca cerrada —improvisé mientras aprovechaba el resto del helado. Notaba el frío en la boca y un toque a alcohol que no podía sustituir la oleada de adrenalina—. Si no ejerces tu derecho a cerrar el pico te lo cerraré yo misma.

El camarero golpeó el mostrador con la mano abierta.

—¡Cliff! —bramó, sin rastro de acento irlandés—. Pon el cartel de «Se busca camarera» en la ventana y luego ven aquí a ayudarme.

—Sí, jefe —se oyó a lo lejos responder a Cliff con total desgana.

Dejando la cuchara a un lado agarré a la leprechaun y la arrojé al suelo antes de que encogiese aun más. Se hacía más pequeña conforme los amuletos de mis esposas contrarrestaban su hechizo de tamaño.

—Tienes derecho a un abogado —le dije mientras guardaba mi identificación—. Si no puedes pagarte uno, estás lista.

—¡No puedes arrestarme! —amenazó la leprechaun, debatiéndose mientras los gritos de la audiencia se hacían más entusiastas—. Unos aros de acero no van a detenerme. Yo he escapado de reyes y sultanes y de odiosos niños con redes.

Intenté rizarme un mechón de pelo húmedo por la lluvia mientras miraba cómo se retorció y luchaba, percatándose finalmente de que estaba pillada. Las esposas encogían con ella, dejándola atrapada.

—Me libraré de esto en un momento —dijo entrecortadamente, deteniéndose para mirar sus muñecas—. ¡Oh, por amor de Dios! —dijo desanimada al ver la luna amarilla, el trébol verde, el corazón rosa y la estrella naranja que decoraban mis esposas—. Ojalá el perro del diablo te muerda una pierna. ¿Quién te ha soplado lo de los amuletos? —se detuvo a mirarlos más de cerca—. ¿Me has cogido con cuatro?, ¿solo cuatro? Creía que los antiguos ya no funcionaban.

—Puedes llamarme anticuada —dije mirando a mi copa—, pero cuando algo funciona es mejor no cambiarlo.

Ivy pasó junto a mí con sus dos vampiresas con capa negra delante de ella, elegantes en su desgracia. Una empezaba a mostrar un cardenal bajo el ojo, la

otra cojeaba. Ivy no era delicada con los vampiros que cazaban a menores y, recordando el poder del vampiro muerto al otro lado del bar, entendía porqué. Alguien con dieciséis años no podría resistirse a aquello, ni tampoco querría.

—Hey, Rachel —dijo Ivy muy animada. Parecía casi humana ahora que había terminado su trabajo—. Voy al centro, ¿compartimos el taxi?

Mis pensamientos volvieron a la sí, aún considerando el riesgo de convertirme en una autónoma muerta de hambre o pasarme la vida corriendo tras ladronzuelos o vendedores ilegales de amuletos. La sí no iba a ponerle precio a mi cabeza. No, Denon estaría encantado de romper mi contrato. No podía permitirme alquilar una oficina en Cincinnati, pero quizá sí en los Hollows. Ivy pasaba mucho tiempo por aquí, ella sabía dónde podía encontrar algo barato.

—Sí —le contesté, comprobando que sus ojos estaban de un tranquilizador color marrón—. Quiero preguntarte una cosa.

Asintió y empujó a sus dos capturas hacia delante. La multitud se apartó. El mar de ropas negras parecía absorber la luz. El vampiro muerto del fondo movió la cabeza en un gesto de aprobación, como diciendo «Buen trabajo», y con un estremecimiento de emoción le devolví el gesto.

—Así se hace, Rachel —canturreó Jenks y le sonreí. Hacía mucho tiempo que no escuchaba algo así.

—Gracias —le contesté, viendo mi pendiente reflejado en el espejo del bar. Apartando la copa, metí la mano en el bolso. Sonreí aun más cuando el camarero me dijo que estaba invitada. Sintiéndome animada por algo más que por el alcohol, me bajé del taburete y tiré de la leprechaun dando tumbos. La idea de una puerta con mi nombre en letras doradas me gustó. Significaba la libertad.

—¡No, espera! —gritó la leprechaun mientras cogía mi bolso y la empujaba hacia la puerta—. ¡Deseos! Tres deseos. Si me dejas ir te concedo tres deseos.

La conduje hacia la cálida lluvia delante de mí. Ivy ya tenía un taxi y había metido a sus capturas en el maletero para que el resto tuviéramos más sitio. Aceptar deseos de un delincuente era garantía de terminar mal; si te pillaban, claro.

—¿Deseos? —dije, ayudando a la leprechaun a subir al asiento trasero—. Ahora hablamos.

## EL CLUB DE LOS MUERTOS

Charlaine Harris

El libro que ha inspirado la serie  
de televisión TRUEBLOOD



Publicación: Marzo de 2009 - Colección: Pandora -  
Temática: Paranormal - Páginas: 256 - Encuadernación:  
Rústica con solapas - ISBN: 978-84-9800-484-7

**El libro que ha inspirado la serie TRUEBLOOD,  
protagonizada por Anna Paquin y escrita por  
el creador de *American Beauty* y *A dos metros  
bajo tierra*, Alan Ball**

Solo hay un vampiro con el que Sookie Stackhouse se relaciona, y ese es Bill. Pero desde hace algún tiempo está algo distante: tanto, como que se ha ido a otro estado. Eric, su siniestro y atractivo jefe, cree saber dónde encontrarle. Sin pararse a pensarlo, Sookie pone rumbo a la ciudad de Jackson, Misisipi. Allí encontrará el Club de los Muertos, lugar de encuentro un tanto peligroso en el que la elitista sociedad vampírica acude a pasar el rato y engullir un poco de sangre. Cuando Sookie descubra que Bill la ha estado engañando con otra mujer, ya no estará segura de si querrá salvarle... o sacar punta a unas cuantas estacas.

«Se augura un gran éxito a esta serie que por la temática nos trae a la memoria la famosísima saga de vampiros de Stephenie Meyer, pero que promete ser mucho más adulta y oscura»

—Book Sense



## MARCADA

P. C. Cast Y Kristin Cast

La serie que todos los lectores de la  
saga 'Crepúsculo' de Stephenie Meyer  
ya han comprado en Estados Unidos



Publicación: Septiembre de 2008 - Colección: Pandora -  
Temática: Paranormal - Páginas: 288 - Encuadernación:  
Rústica con solapas - ISBN: 974-84-9800-417-5

**«'Marcada' es un emocionante atisbo de un  
mundo nuevo donde los vampiros coexisten con  
los humanos. ¡No puedo esperar al siguiente libro  
de esta serie!» —Paranormal Romance Reviews**

Después de ser «marcada», la joven Zoey se une a La Casa de la Noche, una escuela donde se entrenará para convertirse en un vampiro adulto. Eso, si consigue superar el Cambio; y no todos los marcados lo logran. Es un rollo comenzar una nueva vida, en especial lejos de sus amigos. Además Zoey no es la típica iniciada. La diosa vampira Nyx la ha elegido como alguien especial. Pero no es la única iniciada de La Casa de la Noche con poderes especiales. Cuando descubre que la líder de las Hermanas Oscuras, el grupo de élite de la escuela, abusa de los dones concedidos por la diosa, Zoey debe buscar en su interior el valor para abrazar su destino... Con algo de ayuda de sus nuevos amigos vampiros.

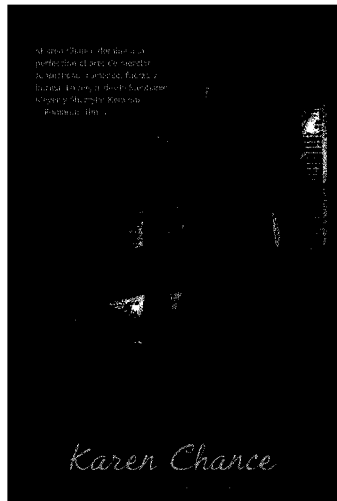
«Desde el momento en que puse este libro ante mis ojos me enganchó. ¡Es un nuevo punto de vista absolutamente genial sobre los vampiros! 'Marcada' es actual, oscuro, romántico y divertido. ¡Se sale!» —Gena Showalter, Oh My Goth



## EL ALIENTO DE LAS TINIEBLAS

Karen Chance

Un bestseller de Karen Chance lleno de sensualidad, fantasía y romance



Publicación: Mayo de 2008 - Colección: Pandora - Temática: Paranormal - Páginas: 288 - Encuadernación: Rústica con solapas - ISBN: 978-84-9800-386-4

**«Karen Chance domina a la perfección el arte de mezclar sensualidad, romance, fuerza y intriga. Lo mejor desde Stephenie Meyer y Sherrilyn Kenyon» —Romantic Times**

Cassandra Palmer puede ver el futuro y comunicarse con los espíritus. Los fantasmas de los muertos no son peligrosos normalmente; sólo les gusta hablar... y mucho.

Como cualquier chica sensata, Cassie trata de evitar a los vampiros. Pero cuando el mafioso chupasangre del que escapó hace tres años encuentra a Cassie de nuevo, a ella no le queda más remedio que dirigirse al Senado de los vampiros en busca de protección.

Cassie se encontrará trabajando con uno de los integrantes más poderosos y atractivos del Senado, un maestro vampiro peligrosamente seductor; y el tributo que él desea puede ser más grande que lo que Cassie está dispuesta a pagar...

«Un libro que te agarrará por la pechera y te obligará a sumergirte en una historia con una heroína dura e inteligente y unos vampiros atractivos y terroríficos» —Patricia Briggs



## LA LLAMADA DE LAS SOMBRAS

Karen Chance

La continuación más esperada de uno de los romances paranormales más vendidos en nuestro país



Publicación: Enero de 2009 - Colección: Pandora - Temática: romance paranormal - Páginas: 320 - Encuadernación: Rústica con solapas - ISBN: 978-84-9800-454-0

**«Karen Chance reúne en sus novelas todas las cualidades que han hecho grandes a Sherrilyn Kenyon, Christine Feehan y Stephenie Meyers» —Romantic@s al Horizonte**

Un legado reciente convirtió a Cassandra Palmer en heredera del título de pitia, la vidente más poderosa del mundo. Normalmente, el puesto se consigue después de años de entrenamiento, pero las circunstancias que rodean a Cassie son un tanto anormales. Ahora, Cassie se ve atrapada en una situación en la que dispone una cantidad ingente de poder que los vampiros, duendes y magos de la ciudad quieren monopolizar o erradicar a toda costa... y que ella misma no se atreve a usar.

Es más, Cassandra acaba de descubrir que cierto maestro vampiro un tanto arrogante le ha lanzado un hechizo mágico que advierte a cualquier posible pretendiente para que no se acerque a ella... y que podría explicar la incomprensible atracción que existe entre ellos.

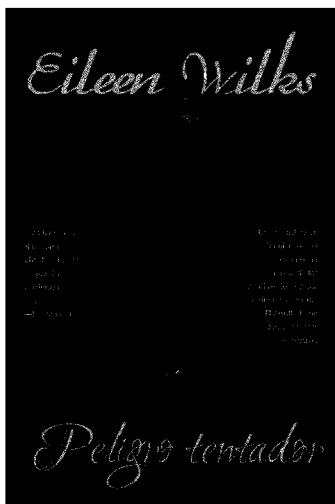
«Un libro asombrosamente divertido y entretenido con una atractiva heroína» —Kelley Armstrong



## PELIGRO TENTADOR

Eileen Wilks

«Los fans de Kim Harrison y Christine Feehan no pueden perderse esta serie»  
—Romantic Times



Publicación: Octubre de 2008 - Colección: Pandora -  
Temática: Paranormal - Páginas: 320 - Encuadernación:  
Rústica con solapas - ISBN: 978-84-9800-419-9

«Wilks ha escrito un libro sumamente divertido  
que combina el suspense, el romance y  
lo paranormal en una lectura trepidante»  
—Paranormal Romance Writers

Lily Yu, una detective de San Diego, investiga una serie de macabros crímenes que parecen haber sido causados por un hombre lobo... y para cazar al asesino tiene que infiltrarse en los clanes. Solo hay un hombre que puede ayudarla, un hombre lobo llamado Rule Turner, príncipe de los lupo, cuya presencia carismática inquieta a Lily profundamente. La lógica y el honor exigen que Lily mantenga las distancias, pero la atracción entre ambos es inmediata y devastadora, más allá de la razón y la lógica humanas. En su carrera contra el mal, Lily se enfrentará a pruebas que jamás hubiera imaginado, y con un hombre en el que no está segura de poder confiar cubriéndole las espaldas.

Obra nominada para el premio Romantic Times a la mejor novela contemporánea paranormal.

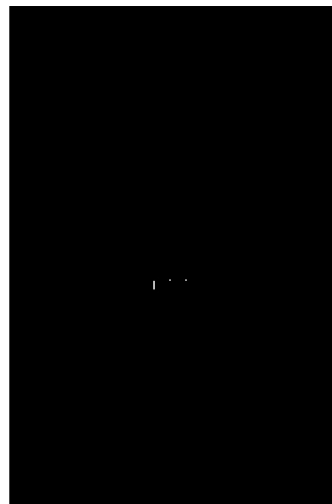
«El enigmático mundo, los sólidos personajes y la interesante versión del mito de los hombres lobo satisfará a los lectores que disfrutan de un buen romance sobrenatural» —The Crooked Bookshelf



## EL DESPERTAR DE MONA LISA

Sunny

En la cara oscura de la luna residen  
la pasión, el ansia y el peligro...



Publicación: Marzo de 2009 - Colección: Pandora -  
Temática: Fantasía - Páginas: 256 - Encuadernación: Rús-  
tica con solapas - ISBN: 978-84-9800-451-9

«Si te gusta Laurell K. Hamilton,  
Christine Feehan o MaryJanice Davidson,  
te enamorará Sunny. No te pierdas  
esta serie... agarra esta novela y  
saborea cada página»  
—Romance Reviewsas

Mona Lisa siempre ha sabido que era diferente. Pero no sabía de qué manera hasta que un día un hombre aparece en el hospital en el que trabaja. Gryphon está herido, lo buscan... y la atrae como nunca antes lo había hecho un hombre. Es un Monère, uno de los hijos de la luna.

Gryphon cree que Mona Lisa es una de las reinas dictatoras, criaturas capaces de canalizar los rayos de la luna. Pero sus potenciales poderes enfurecerán a las otras reinas, quienes son perseguidas por un grupo de hombres sin escrúpulos que se han liberado del dominio de las mujeres. A pesar de todas las amenazas internas y externas, Mona Lisa está decidida a descubrir quién es, y a explorar los límites de sus recientes poderes... y de sus secretos deseos.

